



EL COLISEO

PERIÓDICO ARTÍSTICO, ILUSTRADO, LITERARIO Y DE INTERESES MATERIALES.

Se publica una vez á la semana.

PRECIOS DE SUSCRICION: Barcelona, 1 peseta por trimestre; Resto de España, 2 pesetas por trimestre; Extranjero y Ultramar, 25 pesetas por un año. ♦ Los artistas de ópera, y los de baile extranjero, pagarán 25 PESETAS anuales, porque aun cuando se suscriban en España, residen la mayor parte del año fuera de ella por razon de sus contratos. El periódico les será remitido con puntualidad, avisando anticipadamente el punto donde se encuentren. ♦ **PRECIOS DE VENTA:** BARCELONA.—Número corriente ordinario, 2 cuartos; Número atrasado ó extraordinario 10 céntimos; Número extraordinario atrasado, 20 céntimos. FUERA DE BARCELONA.—Número corriente ordinario, 10 céntimos; Número atrasado ó extraordinario, 20 céntimos.

PAGO ADELANTADO.

JUDITH DE WELP,

tragedia en tres actos en verso de D. Angel Guimerá.

Tienen los asuntos históricos en el Sr. Guimerá un apasionado ferviente, de lo cual han de felicitarse las letras catalanas. Cuando se aunan el estudio detenido de los clásicos, habilidad en combinar acciones, ojo certero en elegir y valentía de concepcion, el poeta, á semejanza de hábil estatuario que desdén quebradiza materia para grandiosos grupos, arroja tambien de si lo frívolo, y brotan de su génio enérgicas inspiraciones que sorprenden. Quédesse para la medianía el enredo, ingenioso tal vez, de la fábula de costumbres; cante el que no pueda llegar á mayor altura la dulce vida del campo, y busque inspiracion en los trinos de las aves, en el murmullo de las fuentes, en los desdenes de Filis ó en los lamentos de Licio; todo esto será bello, armonioso, tierno; pero dígaseme, ¿qué le importa todo ello á la humanidad? Desde Virgilio con sus bucólicas, pasando por Garcilaso, hasta terminar en nuestros dias, apenas ha habido poeta lirico que no haya agotado las colmenas del Parnaso. ¿Quiere esto decir que yo deteste género tal de poesía? No por cierto; lo que yo quiero es que á cada época se le dé lo que corresponde, y que si en nuestro siglo diez y seis se comprendia que el lirismo lo infestase todo, si en aquella época era cosa corriente apasionarnos por los Nemorosos, ó por Clori, ó por Belisa, debíase, ante todo, á las patriarcales y tranquilas costumbres de nuestros antepasados y á los empeños de amor que les conducian á colocar á la dama al lado de Dios, segun gráfico mote de los escudos que entonces se adoptaban.

Hoy no estamos, por fortuna, en aquellos tiempos. Hoy los grandes inventos han transformado las costumbres, y los cataclismos sociales han hecho abrir los ojos á la humanidad, y por eso no puede menos de chocar que se nos entretenga con chucherías de todo punto inoportunas. Hoy apetece el público algo substancial, y si no quiere echarse mano en el teatro de los problemas que preocupan á los sociólogos, ahí está la historia, mina inagotable para todo escritor, y fuente perenne, por otra parte, de ejemplos saludables y de enseñanzas provechosas.

Si no temiese abusar de la paciencia del lector, expondría aquí, porque entre tanta nube de poetas catalanes son rarísimos los que buscan inspiracion en el campo de la historia, esto es, diria mi opinion, pero quizás lo haga otro dia, si tiempo y vagar dan á ello ocasion.

Lo que hay que confesar muy alto es que el Sr. Guimerá marcha al frente de todos, y que á juzgar por el temple de sus armas, por el brio de sus pasos y el aliento con que camina, no sólo no ha de quedarse rezagado, sino que ha de llegar á la meta que poquíssimos alcanzan. Y al expresarme así, siento un verdadero placer, tanto por lo que halaga á mi amor propio de catalan, cuanto porque se trata de un poeta al cual no conozco personalmente, con quien nunca hablé, circunstancia que en este tiempo de tactos de codos y de sociedades de mútuo elogio, dará la medida de mi imparcialidad é independencia.

Nos hallamos en presencia de un drama histórico, ó tragedia, como la titula su autor. Los personajes casi todos son históricos; á lo menos los principales. Lo son Judith, Carlos, el conde Bernardo y hasta Abelardo. La accion se refiere á la turbulenta época de Carlos el Calvo, cuyo reinado fué una continua lucha con sus hermanos, hijos todos de Ludovico Pío, y nietos, por lo tanto, de Carlo Magno. Viudo Ludovico de Hermengarda, casó con la más hermosa de las hijas de sus vasallos, con Judith, de la cual dice el obispo Friculfo, contemporáneo suyo, que era una mujer muy instruida en las letras y muy culta en artes, dotada de gran ingenio y de gran facundia. Era entonces Duque de la Septimania el conde Bernardo, hijo de san Guillermo de Tolosa, y tan bien supo manejarse, que Ludovico le eligió por conde y Judith por amante, si hemos de

creer á todos los cronistas de la época, algunos de los cuales se inclinan á que Carlos era hijo, efectivamente, del pérfido Bernardo, que pagaba con tanta infamia la generosidad de Ludovico, que le colmaba de honores, entre los cuales figura el Condado de Barcelona y el nombramiento de ayde de su hijo Carlos. Este episodio ó sea los amores adúlteros de Judith y de Bernardo han inspirado al Sr. Guimerá una obra que será, sin duda, el mejor ornamento del teatro catalan.

Se dirá que el autor no se ha ajustado servilmente á la verdad histórica; que Carlos, casado con Irmintruda, sobrina del conde Adelardo, no consta que repudiase á su mujer, lo cual es cierto hizo Lotario su hermano con Teutberga, dominado por una pasión hácia Gualdrada; se dirá que el vil conde Bernardo no murió, como pretende el Sr. Guimerá bajo el puñal de Carlos, sino que fué hecho prisionero y el rey le hizo condenar á muerte; pero ¿qué significan estas ligeras diferencias, si en lo esencial el autor ha seguido escrupulosamente la verdad histórica? El carácter de Judith aparece en la obra magistralmente presentado. Mujer altanera, mezclada en todas las intrigas, profanando el tálamo régio, ambiciosa sin limites, astuta, locuaz, tal como nos la ofrece la historia, tal la pinta el Sr. Guimerá, pero con tanta maldad un sentimiento contrasta, el amor á su hijo Carlos, amor que casi disculpa, sino sus liviandades, su ambicion y sus turbulencias.

Carlos el Calvo, que empieza la serie de los llamados reyes de Francia, se ostenta tambien con gran relieve. «Unia, dice un historiador, á una grande ambicion de intentar empresas, la incapacidad para dirigir las; vil en la sumision, niño en la resistencia, débil en manos del clero, nulo en cuanto se separó de él.»

Peró el personaje en que el autor ha amontonado todos los recursos imaginables para presentarle odioso y vil, es el conde Bernardo. No hay, estoy seguro de ello, un solo espectador que sienta por él la menor simpatía. El que deshonró el tálamo del emperador que le colmaba de beneficios, el que luego se asoció á los hermanos de Carlos para disputarle el reino, y promovió sangrientas luchas intestinas; el que acusado por sus relaciones con la Emperatriz, tuvo la osadía de jurar que era inocente y pidió probarlo con la espada, se destaca en la tragedia siempre sobre un fondo negro, sombrío, lúgubre como debió estar su conciencia; sin que baste á suavizar los tonos, el amor que aparenta profesar á su hija Brunegilda.

Al lado de estos tres personajes se mueve el viejo juglar Gisembert que idolatra en Carlos y Brunegilda, cuanto abomina de Bernardo. ¿Con cuánta discrecion está presentado! ¿Cómo afligra el Sr. Guimerá el tipo de este honrado servidor, y con qué galanura lo matiza! Estos personajes y los demás que intervienen en la accion, muévense holgadamente, sin precipitacion conducidos como por mano misteriosa, merced al ingenio del poeta, y á la habilidad con que la trama se urde y desarrolla. Todo en ello es natural, pero todo sorprende, y el público en algunos momentos, como en las dos escenas últimas del segundo acto, se siente poseido por un terror tal, que no acierta á juntar las manos para aplaudir como se merece, un recurso que no desdeñaría el mismo Shakespeare.

La obra está escrita en endecasílabos libres, el lenguaje es sóbrio y enérgico segun conviene, y en todas las situaciones culminantes hay tal valentía, tal riqueza de expresion que da á la obra formas verdaderamente esculturales.

Oigamos al juglar en una bellísima escena con Brunegilda:

Ohiume.

Servia... á altre senyor... molts anys enrra.
¿Qui mes felís que jo, vora mon pare!
L'acort de l'arpa y mas cansons polidas
veus aquí mos companys.—Ab la hermosura
de mes esclat y mes gentil, de sopte,
lo Rey s' enmullerá. Jo, en fentse dia,
gojós m' entrava per la cambra regia,
y 'ls accents de mon arpa y de la aurora
la rojenja vesllum, los despertavan

truantlos sobre 'ls plechs d' una cortina.
Mes jo, vell ja llavors; jo, qu' era cendra
sens haver estat foch, vegí tot d' una
deixondarse á mon ser, y aquella dona
ja omplí totas las horas de ma vida!
Un vespre, no se com, la cambra augusta
profaní cech; era deserta y ombra:
sols sentia mon cor y en orellas
com l' ayre de petons... Allá estaria
son llit marcant la empremta de sas formas.
y 'l feble rastre de sa planta nua
en la mora catifa! Oh, llum! En terra
caigui postrat, los llabis xardorosos
en la tela enfonsant que 'l llit cubria!...
Mes un crit m' esglayá! De cop la estancia
s' omplí de gent... y de claror... La Reyna!
la Reyna era en son llit!

BRUNEGILDA.

Ah!

GISEMBERT.

¡Com la vida
no 'm prengueren llavors! Ohiu, senyora:
Jo fugí del castell, mes á l' alba
torní altre cop cridant; mateume feras!
D' un pal agarrotat y en mitj la xusma,
¡be prou m' ho deya 'l cor! trobí á mon pare.
«Ton fill hont es!» li deyan, y brunzia
cargolantse 'l fuhet sobre sa esquena.
—«Monstres, jo 'l soch!» y com un brau, las onas
separí de la gent; y s' enfonsaren
mos peus en sanch; y en un sol cos s' uniren
lo meu al de mon pare!... Per cent voltas
del fuhet vaig sentir la calda llengua;
y udolava la xusma; y roja d' ira
vegí d' un finastral... lluny... que 'm mirava...
la Reyna fixament! Deu! De ma gorja
surtí un crit esglayós; mas dents cruxiren:
y 'l meu cos rodolá sobre la terra!—
May tornás á la llum!... Sobre ma boca
la d' un mort hi trobi: la de mon pare!
En la escena XV del acto segundo pueden admirarse
las más seguras pinceladas que trazan el carácter de
Judith y el de Bernardo:

Comte Bernat, miram als ulls y escoltam,
No soch la Emperatriu; la dama augusta
que ab sas virtuts purificava 'l soli
del piadós Ludovich; soch la serventa
de tos plahers; la dona miserable
que al tálam del marit dugué l' oprobí.

BERNART.

Senyora, fa tants anys! A que 'l retreure
perduts recorts?

JUDITH.

Devant de Deu que 'ns mira
jo 't pregunto, Bernart, horroritzada;
¿cóm, com la sanch de Ludovich pot fòndres
may ab la sanch de aquell que l' ha envilida?

BERNART.

Lo vostre cor poruch me maravella.
Vos per la esglesia ja estareu absolta;
que més velleu? rentada está la culpa...

JUDITH.

Jo no la he dit als sacerdots ma falta:
es que jo no ho puch dir! Es que cauria
mon fil del trono al propagars la nova...
Es que, Bernart!...

BERNART.

Donchs ohiume
ara á mon torn, Judith. Si en altrás horas
que somni apar de tan llunyanas, era
mon cor amant per vos, es que glatia
la ambició sense fré dintre mon ánima.
Pera pujar somniava, y be era somni,

